

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

S. Simon, y S. Judas Tadeo, Aps.

ACTOS DE LA ADMINISTRACION DE LA PROVINCIA

INTENDENCIA DE CANARIAS.

Para precaver los fraudes que se cometen en el pagamento del Diezmo de granos por algunos cosecheros; entregándolos, en muy mal estado, reservándose para sí los buenos, he dispuesto que cuando los colectores, ó cilleros, tengan fundadas sospechas de que no se ha satisfecho el impuesto Decimal con la religiosidad debida, ocurran á los Sres Alcaldes Constitucionales, ó á los que hagan sus veces, para que con asistencia de dos peritos procedan á examinar si el grano que conserva el contribuyente esta en el mismo estado que el que entregó por el Diezmo, y en el caso de ser de mejor calidad y justificarse la mala fé, que se le obligue á dar el grano igual al que reservaron para sí condenándolos en las costas, y dando parte á la Intendencia para las medidas que se consideren justas, á fin de impedir tantos daños. Y teniendo entendido que otros cosecheros cometen algunas ocultaciones, entregando menos grano del que les corresponde pagar, ó dándole de especie inferior al que han recolectado, he dispuesto se haga en su día por la Administracion Diocesana, una exacta averiguacion para imponer á los contraventores las penas que correspondan á su conducta tan irregular y antireligiosa. Y para que llegue á noticia de todos se inserta en el Boletín oficial.

Santa Cruz Octubre 18 de 1838.
=Ventura de Córdoba.

El Sr. Conde de Vega Grande

Alcalde 1º Constitucional de las Palmas de Canaria con fecha de ayer me dice lo que copio.

Exmo. Sr.—Ya ha dado parte á V. E. esta Alcaldia al mismo tiempo que el Ayuntamiento de mi presidencia de las desagradables ocurrencias que hemos tenido en esta isla, y ahora con mas satisfaccion lo hago diciendo á V. E. que desde aquella fecha no hay novedad alguna en este pueblo.

Lo que tengo el gusto de comunicar al público para su conocimiento y satisfaccion.

Santa Cruz de Tenerife 27 de Octubre de 1838.—El Marques de la Concordia.

LOS DOS ADOLFOS

Continúa.

Ni siquiera una lágrima se asomó á los párpados de Jaucourt al leer este triste y último adios de su amigo. Su primer movimiento fué el placer que se siente al ir á satisfacer una curiosidad. Rompió el paquete, leyó algunas de las cartas que encerraba, y su fisonomía se animaba con una alegría feroz. Una idea se apoderó de su alma como una revelacion del infierno, y salió para ir á casa de la señorita de Cercley.

Como hombre que conoce el mundo y no ignorando que Luisa tenía un padre, preguntó por la camarera de la señorita, y la suplicó le proporcionase hablarla, pues tenía que tratar con ella de un asunto de grande importancia, y que exigía el mayor misterio; y al cabo de un rato lo introdujo esta en un gabinete en donde estaba Luisa. No sabiendo Jaucourt como entablar la conversacion y manifestarla el motivo de su visita, creyó lo mas sencillo entregarle á la infeliz la carta que le había dejado Ferriere, sin calcular los resultados que tendría dar una mala noticia tan bruscamente: apenas había leído Luisa algunas palabras dió un grito y ca-

yó sin conocimiento. Jaucourt se asustó, pero se tranquilizó despues viendo que no se había oido el grito porque nadie acudió; tomó entonces de encima de la chimenea un frasquito y le hizo oler su esencia, y á poco volvió en sí. Entonces le manifestó Jaucourt los deseos de Ferriere, puso sobre una mesita las cartas de la tierna Luisa y la rogó le diera las de Ferriere.

“Jamás, exclamó Luisa; es lo único que me resta de él, nunca me desprenderé de ellas.”

“Señorita, respondió Jaucourt con la sangre fria de un hombre que especula sobre intereses ajenos, es la última voluntad de Adolfo, yo no saldré de aquí sin que me deis esas cartas.” Pero viendo la terrible impresion que produjeron estas palabras tan duras en la desgraciada Luisa, tomó un tono mas dulce y la dijo: “Considerad, señorita, que ha sido por vuestro propio interés, por lo que Adolfo ha querido que estas cartas fuesen quemadas. Vos no sois libre, vuestro padre puede un dia disponer de vuestra mano, y entonces...”

“Ah! nunca, nunca seré de otro,” exclamó Luisa.” Jaucourt se sonrió, dirigió una mirada á las cartas de Luisa, y continuó: “esas cartas podrian comprometeros, y por otra parte solo os servirian para recordaros una desgracia irreparable... apresuraos... alguien puede venir... dad á Adolfo la última prueba de vuestro cariño obedeciendo sus últimos deseos.” Luisa bajó la cabeza, dió un suspiro, y abriendo su cómoda sacó un cofrecillo que tenía oculto detrás de sus papalinas y pañoletas, y lo entregó á Jaucourt.—¿Y la llave, señorita?—Ahí la teneis caballero, dijo Luisa, sacándosela del pecho. Jaucourt entonces tomó con una mano las cartas del cofrecillo, y con la otra la correspondencia de Luisa que estaba sobre la mesita: “que todo quedé inquilido” y las arrojó á las llamas en la chimenea. Luisa esta-

ha tan turbada que no vió que solo las cartas de Ferrière habían pasado con la mayor destreza al bolsillo de Jaucourt; pues al ver perecer en las llamas todo lo que le quedaba de su amante cayó desmayada en el sofá; en este estado se oyeron pasos, y Jaucourt se retiró.

Al momento que Jaucourt volvió á su casa examinó y leyó una por una todas las cartas, rompió las que tenían el sobre á Ferrière, y guardó la mayor parte que no tenían sobre ninguno, ya porque habrían sido entregadas de mano en mano, ya porque teniendo escritas las cuatro páginas había sido preciso para cerrarlas recurrir á una cubierta: estas cartas empezaban todas con "Adolfo mio, querido Adolfo de mi vida." Las guardó con todo cuidado en su bufete exclamando "nos veremos."

Cuatro meses despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, el Conde de Cercley, padre de Luisa estaba sentado en su gabinete delante de una mesa cubierta de papeles. Pálido, agitado y trémulo, ya de dolor, ya de indignacion, leía unas cartas que, ora provocaban su ira, ora le arrancaban lágrimas. Enfrente de él había un hombre que examinaba con intencion maligna todos sus movimientos, y cuyo rostro se animaba á medida que la frente del anciano aparecía mas sombría y mas llena de pesar.

El hombre era Adolfo Jaucourt, y las cartas que leía el conde eran las de Luisa á Adolfo de Ferrière.

"Está bien, caballero, dijo el Conde al concluir su lectura, dentro de veinte y cuatro horas tendreis mi contestacion." Jaucourt salió, el Conde llamó á un criado: "decid á mi hija que venga que tengo que hablarla." El criado se inclinó y salió.

Mas de una hora estuvo Luisa encerrada con su padre, y cuando salió tenía los ojos hinchados y llorosos, y no será difícil adivinar lo que pasó entre los dos porque tres semanas despues Adolfo Jaucourt condujo al altar á la hija única del noble y rico Conde de Cercley.

Jaucourt había ya realizado sus deseos; ya era rico, muy rico, y el nombre y crédito de su suegro proporcionaba un inmenso estadió á su ambicion. Sin embargo, esta union no podía menos de ser muy desgraciada, pues Luisa no solo no amaba á su marido, sino que le despreciaba, y este la correspondía con este odio de instinto que se profesa á las personas hácia las cuales se

tiene que reprochar grandes ofensas.

Continuará.

DE LA INTOLERANCIA.

La verdad no puede reunirse con el error; y el cristianismo no admite en su seno á ninguno que profese falsas doctrinas en materia de religion. No hay transaccion posible entre Cristo y Belial.

Pero si la sociedad cristiana es intolerante por su esencia, no deben serlo ni la sociedad civil, ni la sociedad universal de los hombres. El error no es un crimen, generalmente hablando. Desde separar al apóstata de la comunión de la iglesia, hasta el destierro, la proscripcion y el suplicio de fuego, hay una distancia inmensa.

El cristianismo prohíbe atravesarla. S. Ambrosio separó de su comunión á dos obispos católicos, llamados Idacio y Valente, solo por haber acusado á un hereje priscilianista ante Máximo, proclamado emperador en las Galias. El precepto de la caridad cristiana se estiende hasta á los que estan fuera del gremio de la iglesia: y las armas del Evangelio no son ni el centro ni la espada.

Estas verdades son tan ciertas, que los tribunales de la fé nunca se creyeron competentes para infligir las penas, ni los herejes fueron entregados al suplicio sino por los magistrados civiles y en virtud de una ley civil. Este homenaje tributado al principio cristiano que solo reconoce en la iglesia el poder espiritual, era precioso: porque probaba que los furioses del fanatismo no habían podido nunca prevalecer contra la verdad evangelica.

Siendo esto cierto, hay derecho indisputable para preguntar *¿por qué contra el espíritu de la religion, contra la doctrina y el ejemplo de los Santos padres, y contra las mismas palabras de Jesucristo, que declaró que su reino no era de este mundo, se introdujo en el orbe cristiano la intolerancia civil en puntos religiosos?* Este es uno de los fenomenos de la historia de la edad media que mas importa examinar si no queremos cometer gravísimos errores en el estudio fi-

losófico de aquel periodo.

Nosotros redactaremos nuestra opinion en pocas palabras. El principio cristiano, puramente moral bajo el imperio, se convirtió en principio político en las monarquias barbaras que se formaron de sus ruinas. Ahora bien: todo principio político profesa necesariamente la intolerancia civil. He aquí la esplicacion mas natural, y al mismo tiempo mas cierta de aquel fenómeno.

Nadie ignora que aquellas monarquias, compuestas de vencedores y vencidos; de Reyes cuyo poder era muy corto, de guerreros feroces é independientes, y de pueblos esclavizados, carecian de todo principio político para conservar las tierras conquistadas: pues el que había guiado á aquellos pueblos en sus emigraciones anteriores era ya insuficiente despues que se fijaron en las provincias del imperio. La necesidad pues de consolidar el lazo social, los obligó á elegir como regla, norte y basa de sus instituciones políticas el principio civilizador del Evangelio, comun á los conquistadores y á los conquistados.

Este acontecimiento, que se consume en los siglos v y vi con la admision de los prelados eclesiásticos en los congresos nacionales, si bien fue una necesidad social de la época, produjo como todas las combinaciones políticas, excelentes resultados y malas consecuencias. Todo lo que hacen los hombres admite mezcla del mal y del bien. Solo en la ley divina se encuentra la bondad pura y sin fermento de mal ó de error.

Es indudable que la creacion del principio cristiano en máxima política, produjo bienes incalculables: tales fueron la civilizacion de las naciones barbaras, los progresos, primero lentos y despues mas rápidos cada dia, de las ciencias y artes, la conservacion de los monumentos de la sabiduria griega y romana. España en particular no hubiera existido como Estado ni como nacion, á no ser por el principio teocrático. Pero tampoco puede negarse que resultaron daños de trascendencia de la reunion entre el solio y el altar. Es de la esencia del poder político, tan ne-

cesario, tan imprescindible, romper á los que lo tienen en su mano; y el sacerdocio, elevado á él por sus virtudes no exento de sufrir su pernicioso influencia. La historia de la edad media testifica en todas sus páginas cuan funesto fue á la iglesia misma el poder político de sus ministros.

Continuará.

A UNA ASTUCIA

OTRA MAYOR.

Harto conocido es de la mayor parte de nuestros lectores el carácter duro y caprichoso de Pedro I de Castilla, por lo que los poetas le han llamado el cruel, y algunos historiadores el justiciero. Muchas han sido las anécdotas, que como hijas de su carácter particular, nos ha llegado la tradición popular. Una vamos á referir sumamente extraordinaria.

Caminaba hácia Sevilla un día el rey, acompañado de los principales de su corte, y cosa bien extraña en su carácter, en su semblante se veía brillar la alegría, sin duda porque iba á descansar de las fatigas de la guerra, en los brazos de la hermosa Padilla. El rey no era delicado en su trato, desafiaba el ardor del sol y el rigor del frío, dormía en su tienda ó al raso, muchas veces sobre el duro suelo: un pedazo de pan negro, un poco de agua le era suficiente y grato alimento, y aun algunos días sufría el hambre con todas sus penalidades. Era una tarde abrasadora de julio: al encuentro del rey, y á la punta de un monasterio, que se hallaba en medio del camino, salió un reverendísimo abad, fresco, colorado, estremadamente gordo, el que hecho al regalo, llevaba detras de sí dos corpulentos hermanos que mantenían abierto sobre su afeitada cabeza una especie de palio para libertarla de los ardores del sol. Inclínose el abad á besar la mano de D. Pedro, el que con aire burlon y algun tanto severo.

—Cómo os va, le dijo, humilde servidor de Dios? Bien, muy bien me parece que os sientan los ayunos, oraciones y disciplinas. Estas famoso padre, qué haceis para estar tan grueso? Yo soy rey, y vedme cuán seco, cuán pálido estoy.

—Señor los cuidados, las continuas cavilaciones de V. A. son las

que hacen debilitar su cuerpo. Aquí exentos de todo cuidado terreno, no tenemos que pensar en nada mas que en la salvacion de nuestras almas, y esto es un pensamiento fijo, tranquilo, y que ueno desgasta las fibras del cerebro.

—Pues padre, yo quiero daros ocupacion, y me agradeceréis el que os haga adelgazar dándoos en qué pensar. Tal vez os libraré así de una apoplejía. Dicen que sois muy entendido, que sabeis mucho, que sentis casi crecer la yerba.

—Señor, he ocupado todos los altos destinos de la orden, soy el maestro, añadió, aparentando modestia, segun dicen, mas distinguido de ella, el primer conocedor de numismática del reino, y el mejor astrónomo.

—Me alegro, reverendo padre; os voy á dejar tres nueces para que las casqueis con vuestras fuertes y robustísimas quijadas, tres nueces por vida mia, que os han de entretener. Tres meses os doy de término; al cabo de los tres meses, añadió, dando á su cara aquel aire de ferocidad que anterraba á sus vasallos, y que le valió el sobrenombre de cruel... al cabo de tres meses me respondeis á estas tres preguntas.

Primeramente. Me habeis de decir á punto fijo, sin equivocaros ni en un solo maravedí, ya que sois tan conocedor en monedas, cuánto valgo yo cuando en medio de mi corte, sobre mi trono de oro, me hallo dictando leyes á cien pueblos que las acatan como las de la divinidad.

Segunda. Me habeis de calcular, sin fallarme ni en un solo minuto, en cuánto tiempo con mi caballo podré dar la vuelta al mundo: esto no es mas, lo sé, que una friolera para vos.

Tercera y última. Me habeis de adivinar, ó gloria de los abades, flor de los sabios de España, cual sea mi pensamiento, que franca y lealmente juro contesaros despues; pero os advierto que en este pensamiento no debe de haber ni la mas mínima cosa que sea verdad.

Si no respondeis á estas tres preguntas, vive Dios que no sereis mucho tiempo abad, porque os haré encerrar en una torre, y á pan y agua concluireis la vida. Inmediatamente metió D. Pedro espuelas á su caballo, este salió corriendo á todo galope y la comitiva cortesana le siguió inmediatamente.

Estupefacto quedó el pobre Abad, que conocia el genio y humor de D. Pedro, comprobado en otros cien no menos funestos lances; no tuvo des-

de aquel instante un momento, un rato de tranquilidad. El pobre abad se rompía la cacabeza en discurrir. No sufre tantas angustias, ni tan mortales congojas el reo sentenciado al último suplicio á la vista de la cuerda, como el pensativo abad.

Variedades.

Memorias sobre la vida de sir Walter Scott, publicadas por J. G. Lockart, y precedidas de un corto resumen de los primeros años de Scott, escrito por él mismo: 4 volúmenes. (Memoirs of the os sir Walter Scott.)

ARTÍCULO I.

Hé aqui de qué modo da cuenta la Biblioteca de Ginebra de esta obra publicada, recientemente.

Las noticias biograficas y las memorias particulares sobre la vida de los hombres han inspirado siempre el mayor interes. Nos complacemos en averiguar hasta las menores circunstancias de la vida interior de un hombre que ha sido la admiracion de sus contemporaneos: quisiéramos, si fuera posible, ver por nuestros ojos de qué manera se fueron perfeccionando en él las calidades eminentes que tanto le elevaron sobre los demas hombres, y cual se mostró en el cumplimiento de los deberes comunes á todos ellos. Esto último le hermana con nosotros; y aunque por satisfacer nuestra pasion malgastamos á veces el tiempo en lecturas frívolas y sin objeto moral, es preciso confesar que los entendimientos juiciosos y reflexivos suelen encontrar en algunas de ellas un dilatado campo de observaciones, ejemplos y enseñanzas útiles. ¿Quién podrá en efecto llamar lectura estéril las que nos hace, por decirlo así, presenciar la educación progresiva de un varon igualmente insigne por su genio y por sus prendas morales, por su vida literaria y por su vida de hombre privado y público tal como lo fue sir Gualtero Scott? ¿Quién será el que siguiéndole paso á paso en las diversas vicisitudes de una carrera tan bella y honrosa como la suya no recibirá algunas lecciones de modestia, rectitud, actividad y perseverancia?

Varias noticias publicadas despues de muerto este hombre ilustre han satisfecho en parte la curiosidad del público; pero la mas circunstanciada y completa de todas,

las que debe merecer mas confianza es la que acaba de ponerse en venta, y se debe á la pluma de Mr. Lockart, yerno de sir Walter Scott. Este en su testamento escargaba á su yerno que escribiese una noticia sobre su vida. La obra de Mr. Lockart estaba ya bastante adelantada cuando el hallazgo casual de un manuscrito *autobiografico* entrando en Abbotsford, y compuesto por Scott en 1808, obligó al autor á variar en parte el plan de su libro. Mr. Lockart, deseando proporcionar la público un documento tan interesante, y hacer tambien á su modesto suegro mas justicia de la que el mismo se hacia, ha colocado el manuscrito *autobiografico* al frente de su obra, y en seguida recorriendo en su noticia las epocas descritas por Walter Scott, rectifica lo que le parece inexacto, y añade otros pormenores omitidos por aquel autor.

Tomarémolos del manuscrito de sir Walter Scott la pintura de algunas escenas de su infancia, escenas siempre agradables cuando las refiere él mismo que intervino en ella; despues recurriremos á la noticia de Mr. Lockart para representar con mas brillantes y verdaderos colores los progresos de aquel genio á quien de bemos tantas horas deliciosas.

El lector no espera ciertamente de nosotros que copiemos la genealogia de sir Walter Scott, á pesar de que este le da en su resumen un lugar bastante considerable, y parece hacer algun caso de su ejecutoria. Participaba en esto de una manera comun á los escoceses de todas las clases, y se dejaba llevar de ella cediendo al influjo del ejemplo, ó á ciertas asociaciones de ideas.

Por lo demas sea el que fuese el número de los *Lairds* y *Earls* que debiese contar el poeta entre sus as-

cendientes, nació de padres honrados, pero que no pertenecian á una esfera elevada en la sociedad. Su padre Walter Scott, escribano público en Edimburgo, era un hombre de principios severos, notoria propiedad y una reputacion sin mancha; su madre era hija de un médico, la educacion que le dieron despertó en ella una grande aficion á la literatura y la poesia, que se hermanaba no poco extrañamente con la austeridad de sus hábitos presbiterianos. La misma inclinacion á la poesia que hizo despues tan célebre al jóven Walter Scott, se manifestaba aunque en grado inferior en su hermano Roberto, que murió sirviendo en las tropas de la compañía de las Indias. Despues de estas nociones generales sobre la familia de Walter Scott, vamos á dejarle hablar á él mismo.

Continuará.

PRECIOS CORRIENTES

DEL DIA DE AYER

	Ps.	rs.	pta.
Abichuelas blancas fan.	4½	á	5
Aceite de olivo bot.	2		
Id. de linaza simple id.	2	4	
Aceitunas de Canaria fan	5		
Acero en cajas quintal.	11	a	12
Aguardiente de Cataluña 36º pipa.			no hay
Id. 25º.			id.
Id anisado.	60	á	
de Caña. pipa	60		
del pais de 21º.	40		"
Almendras en pipa ql.	14		
Alpiste.	6	á	8
Añil flor de Caracas lib.	2	2	
Arroz de la india ql.	7		"
de Valencia id.	10		
Azafran.	lb.	6	
Azucar blanco. ar.	3	4	
Terciado. id.	2	4	
Azufre en canuto. ql.	3½	á	4
Bacallao ql. doble	16		
Barrilla.	1	fs.	
Becerrillos negros lib.	"	9	
Bernegales encastados cada uno	"	5	
Cacao. Caracas	60		
Guayaquil fan.	20		"
Café. ql.	12	á	13
Canela lib.	"	4	
Caoba pie.	"	1	5cs

	Ps.	rs.	pta.
Caparrosa ql.	3½	á	4
Cebada fan.	2		
Centeno	2	4	
Clavos de especie ql.	48		"
Cochinilla lib.	1	6	
Cominos ql.	13		
Duelas de pipa millar.	100	fs.	"
de ½ pipa id.			no hay
de quarterola id	68	fs.	
Esterilla de paja 100 varas	2	1	
Fideos y otras pastas quintal.	9	á	10
Garbanzas fan.	6½	á	7
Garrafones cada 1	5½		"
Ginebra frasquera.	3½		"
Hierro en planchas ql.	5		"
de Suecia	10		
en arcos para pipa.	7		
Hoja de lata cajon.	20		"
Jabon duro quintal.	16		
Jamon libra	6		
Jarcia de Rusia ql.	16		"
Lino largo de id.	20	á	23
Lino cañamo.	22		
Lozas de vitola 1 vara	"	4	
Corridas id.	"	2½	
Maiz fan.	3		
Manteca de vacas lib.	7		
Matalahuga.	14	á	16

	Ps.	rs.	pta.
Miel de abejas garraf.	5	4	
de caña ar.	2	4	
Muzgo ql.	25		
Orchilla.	58	á	60.
Palo campeche.	5		"
Papas	fan.	2	4
Papel florete bala	22	á	28
½ id.	16	á	18 esc.
Pescado salado quintal	4		
Pimienta negra. id.	18		"
Queso de bola cada unc.	no hay		
Sal de España fanega.			½ fs
del pais.	"		3½
Salchichon lib.			
Seda cruda en rama lib.	2	5	5
Suela Francesa quintal	46	á	50
Tablas de pinzapó pie.	"	9	cs.
Té Perla libra	2		
verde	"	6	
Trigo fanega.	3	á	3½
Velas de Esperma lib.	"	5	5 cs
de sebo	"	26	cs
Venados docena	22		
Vino particular pipa	50	fs.	
Cargazon	40		"
Del campo	15	á	16
De quema	no hay		"
Zuela Campeche.	35		"
Cataluña	30	á	32
Mallorca.	25	á	

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANTE.